

## Rubén, el “dancing” y los sicarios

Al mismo tiempo que Tola inició su romance con el rumano, Rubén había alquilado una nave industrial en la zona del puerto para convertirla en un “dancing”.

Gladis me pidió que, como su protegido era un sin papeles, lo ayudara y asesorara en el tema de permisos. Y así lo hice. Todo quedó a nombre de la linda caribeña y, de ese modo, nos evitamos los numerosos problemas que siempre acompañaban a Rubén en su recorrido vital.

—*Este negocio no conoce secretos mi hermano. El funcionamiento es “sencillítii...simo”. Mismo como si fuera un colmado. Sólo que la bebida que allí la vendes a medio euro, aquí lo haces a veinte ¿te das cuenta? ¡te forras! Y encima los huevones, te lo agradecen bailando.* —Explicaba Rubén al instalador eléctrico con medio cubata en ayunas—.

Se hizo famoso.

## La verbena de san Judas

Llenazos todas las noches.

Ya casi se había olvidado de los sicarios cuando la puñetera noche de San Judas, el complicado, aparecieron. Se presentaron directamente en el domicilio de Gladis. Muy educadamente llamaron al timbre y al no obtener respuesta, en un plis plas, forzaron la cerradura y entraron.

No había nadie. El matrimonio ecuatoriano estaba de vacaciones en su país con su hijita, Rubén en el dansing y Gladis seguramente regresando. Una vez dentro, los pavos se sintieron como en casa. Abrieron dos cervecitas bien heladas “pura ceniza” y con ellas se tomaron también algo de tiempo para organizarse. El sicario más viejo se quedó en el apartamento a esperar y el otro bajó a la calle a controlar la espera mientras se fumaba un canuto.

La mala suerte fue la causante de que al poco rato apareciera Gladis. Ignorante del peligro que se le avecinaba, pasó sin prestar atención por delante del matón y entró decidida en el portal. Se dirigió al ascensor, y cuando estaba abriendo la puerta, el esbirro, por detrás, la agarró fuertemente de los brazos y, zarandeándola, la metió dentro del elevador, le apretó la cara contra el espejo y pulsó el botón del ático mientras le decía:

—¿Cómo tú estás? Tú eres Gladis ¿no? Bomboncito. Pues hoy no es tu día, estás "saláa".

Temblaba de miedo sin tratar de soltarse. Había soñado con una situación así durante una terrible pesadilla y ahora tenía la fatalidad de vivirla.

Al entrar en su casa, el que parecía mandar, tendido en un sillón con las piernas abiertas y estiradas, las manos sujetando los apoyabrazos, estático como una iguana, y con una horrenda cara de asco, movió ligeramente los ojos y, muy despacio y en silencio, la recorrió con la mirada un par de veces para finalmente, sin ganas, saludarla con una fría y fingida amabilidad que, viniendo de quien venía, transmitía indefectiblemente dolor o muerte.

—*Siéntese aquí, a mi frente, y colabore. Y no me complique las cosas.*

Gladis se sentó tiritando. El aspecto nauseabundo del fulano evidenciaba una total carencia de sentimientos. Era patente que habían enviado a un verdadero asesino. Éste, como preparándose para actuar por si fuera necesario, se enderezó en su asiento aposentando mejor sus glúteos y adelantó el tronco para seguir amenazándola desde más cerca, en un tono más familiar, pero igual de tenebroso:

## La verbena de san Judas

—*Querida damisela, venimos a solucionar un antiguo problema con un cercano familiar suyo y en cuanto lo hagamos marchamos rapidito. Y por supuesto, queremos que usted salga bien de este asunto y para ello tendrá que ayudar y poner un poquito de su parte y darnos información interesante para no alargar indefinidamente esta imprevista e incómoda espera ¿Cierto?*

Gladis, desconocedora de que en principio venían sólo a cobrarse la deuda, pensó —no muy equivocada— que a esos tipos, ya cansados de las mentiras y trapicheos de Rubén, los habían enviado para cargárselo. Como se negó en redondo a hablar, el sicario joven, respondiendo a una orden ocular de su jefe que le acababa de pasar un CD de salsa de “El gran combo de Puerto Rico”, lo puso en el reproductor, eligió la canción “Yo soy la muerte”, subió el volumen y se acercó hasta Gladis para, de entrada, soltarle una tremenda hostia.

Sólo le cayeron un par de lágrimas y siguió callada.

El más viejo y truculento, y también más hijo de puta, entendió rápidamente que el interrogatorio no iba a ser fácil y, en un tono menos retórico, volvió a dirigirse a ella:

—*Mire, mi niña, usted se lo buscó. Hubiera sido más sencillo colaborar, pero me eligió equivocadamente el estúpido y tortuoso camino de los mártires.*

Y como si se hubiese quitado una repugnante careta, el rostro le cambió completamente y apareció en él una expresión de maldad aún más horripilante y repulsiva que acojonó hasta a su compañero que se estaba iniciando en esos menesteres.

Gladis comprendió y cerró los ojos dispuesta a soportar estoicamente lo que esos cabrones estuvieran dispuestos a infligirle.

Encajó una tremenda y sádica paliza sin soltar un solo quejido. Estaba dispuesta a perder la vida y contra eso no hay quien pueda. En esos momentos tenía visualizada en su mente la imagen de un niño Rubén de siete u ocho añitos. Se consideraba la madre que nunca fue, pero de la que sí, con tremendo amor y vocación, tuvo siempre que ejercer.

Se sentía morir.

En plena tormenta y más borracho que sereno, apareció Rubén. Afortunadamente, ante la cruenta y sanguinaria visión, reaccionó de inmediato y se interpuso entre el sicario y su hermana gritando desesperado:

## La verbena de san Judas

—*¡Basta ya! ¡Basta ya! ¡Tengo el dinero! ¡Tengo el dinero aquí! ¡Aquí!*

Al oírlo, el verdugo paró y, agarrándolo al vuelo por el pecho, le espetó:

—*Tienes dos segundos y si no os mato a los dos.*

Rubén entró como un rayo en su habitación y salió con dos bolsas de Zara Home llenas de billetes. Las tenía preparadas desde hacía ya un par de semanas para cuando llegara el inevitable momento.

—*Esta contiene el total muy aumentado con los intereses de toda la deuda, y esta otra la prepararé con una importante cantidad para ustedes, pero con la condición de que desaparezcan ya mismo y para siempre de mi vida.*

Los secuaces se quedaron algo descolocados ante la inesperada oferta, pero como les facilitaba tanto las cosas, aceptaron enseguida, aunque con una ligera reserva.

—*Si todo es correcto y el dinero está ahí como tú dices, eso está hecho, manolito* —le contestó el más sanguinario—.

Tras una ligera y rápida comprobación, el tipo cogió las bolsas y enfocó el pasillo con intención de largarse. De pronto, con la calma que precede al desastre, se volvió hacia Rubén y le dijo:

—*Ah, coño, se me olvidaba, es que antes debemos cumplir un último encarguito de otro cliente.*

Y mirando fijamente a Rubén con la maligna y despiadada sonrisa del que posee la última carta ganadora, sacó un pistolón y mientras le colocaba el silenciador fue aclarándole:

—*Su antigua hembra, Adelaida, me rogó encarecidamente —y le apuntó entonces a los testículos— que cuando lo encontrara le practicara de su parte esta rápida y sencillita operación quirúrgica.*

Gladis, con la que en su lamentable estado nadie contaba, al oír la amenaza sacó fuerzas de no se sabe dónde y se abalanzó sobre el brazo del ejecutor en el momento que apretaba el gatillo con la intención de destrozarle los huevos a Rubén. Con su inesperada acción provocó que la bala saliera desviada y fuera a empotrarse, por cosas del destino, en la frente del sicario aspirante que cayó seco.

Este hecho imprevisto desconcertó momentáneamente al realizador del disparo y fue aprovechado de inmediato por Rubén. Éste, teniendo ahora la certeza de lo que podía estar a punto de perder, se llenó de valor y le arrebató el arma al canallesco personaje. Una vez con ella en la mano y sin darse tiempo para pensarlo, de un tiro y a bocajarro, le atravesó el corazón.

## La verbena de san Judas

Increíble, pero cierto.

A veces, a la vida le encanta jugar a girar en redondo.

Rubén era un karma para su hermana. Su inmadurez e irresponsabilidad eran tan desmedidas que, los problemas que sus circunstancias personales llevaban siempre adheridos, lo convertían en un peligro público. Pertenecía a esa clase de bonitos y atractivos parásitos que, finalmente, sólo generan conflictos y dolor a todos aquellos con quienes se relacionan.

Me llamó desesperado, diciéndome que Gladis se moría, que pidiera una ambulancia, que ya me explicaría.

Cogió a su hermana en brazos y la bajó en el ascensor hasta la calle. Yo llegaba en ese mismo momento a la vez que la ambulancia. Con mucho cuidado los enfermeros la tendieron en la camilla, la introdujeron en el vehículo y sólo me permitieron subir a mí para acompañarla al hospital. Tampoco había capacidad para más. Estaba gravísima y temían por su vida. En ese momento lo más importante era salvarla.

Estuve esperando en la sala de urgencias hasta que me informaron de que se encontraba fuera de

peligro. La dejé allí bien cuidada y me marché a casa. Quería ver a Teresa y explicarle la movida.

Angustiado, Rubén vio partir la ambulancia. Una vez solo, buscó el modo de deshacerse lo más rápidamente posible de los cadáveres de los sicarios que, con cara de circunstancias, permanecían aún tendidos en el suelo del apartamento.

Pero no sabía por dónde empezar.

Ahora tenía dos problemas por solucionar: uno inmediato, cómo conseguir desembarazarse de los finados y otro inminente, qué iba a pasar cuando se enteraran sus temidos acreedores y su ex novia Adelaida allá en La República. Seguro que mandarían a otros más eficaces. Lo tenía clarísimo.

Por suerte, los vecinos ni se enteraron. Ya estaban acostumbrados a las ruidosas merendolas que solía organizar Gladis con sus coterráneos y que siempre se alargaban más de la cuenta. Se imaginaron que, seguramente, se trataba de un festejo más. El único peligro era el mirón o “el miranda” según se quiera, el inquilino del piso contiguo que vivía solo y no se perdía una. Era un voyeur irrecuperable al que le fue de poco que el ecuatoriano que compartía casa con Gladis no lo tirara por el terrado cuando lo encontró filmando a su mujer,

## La verbena de san Judas

mientras ésta se duchaba, por un agujero que había practicado en la pared divisoria de los baños. El tío poseía una amplia colección de filmaciones en situaciones similares de todas y cada una de las ocupantes actuales o anteriores de la vivienda. Entre ellas se incluía la de Gladis que, por cierto, era una de las que mejor salida tenía en la página web donde el espabilado exponía y vendía sus trabajos.

Se estaba haciendo ya muy tarde, los muertos seguían allí y aún no sabía cómo solventar la situación. Tras unos instantes de bloqueo mental pensó que el mejor lugar para ocultarlos sería en el cementerio. Los metería en una tumba con nombre y seguro que allí no se le ocurriría nunca a nadie ir a buscarlos. Decidió envolverlos en una sábana, pero se dio cuenta de que el transporte iba a ser muy complicado, porque además, no tenía coche. Siempre utilizaba taxi y en esa situación no era muy aconsejable pedir uno. No tenía más remedio que bajar y tratar de agenciarse alguna furgoneta fácil de abrir y desde luego sin alarma, y, y, y, y como no le cuadraba que el asunto le fuese a salir bien, se empezó a poner muy nervioso. No veía la forma de resolver la papeleta.

Pasaba el tiempo y tenía que idear algo, así que hizo lo primero que se le ocurrió. Abrió la puerta

del ático para mirar si había moros en la costa y sí que los había. Se encontró de morros con “el miranda” que, incapaz de controlar su incontenible curiosidad, alargó su corto cuello para fisgonear en el interior de la vivienda y tuvo la fatalidad de ver uno de los cadáveres. Rubén se dio cuenta enseguida y aprovechó la circunstancia. Perdido por perdido, lo agarró de la chupa y de un empujón, lo metió dentro. Descontrolado, y con la agilidad y presteza de un felino, de un salto cogió con una mano al voyeur por el cuello y con la otra el pistólón del recién expirado y le apuntó directamente al cerebro, tan tensado que casi le clava el arma en la frente. Y el cagón se miró encima. Perdón, quería decir que el mirón se cagó encima.

Rubén vio que no podía desperdiciar la ocasión. Este observador impenitente de la higiene íntima del cuerpo femenino le iba a solucionar el problema. Sin dejar de apuntarle, y con acento nasal, al taparse la nariz con una mano para mitigar aquel tremendo pestazo, le ordenó más que expuso:

—*Asqueroso cabrón, tienes los minutos contados si no haces todo lo que te diga.*

Y añadió:

—*Vas a ayudarme a llevar a estos dos al cementerio y les vamos a dar cristiana sepultura.*

## La verbena de san Judas

Como le gustó cómo le había salido la frase y el tío tenía un pico de oro, se calentó e improvisó un responso a los difuntos diciendo con entonación de oficiante:

*—Porque en el fondo, —hizo una pausa y continuó— no eran más que dos inmigrantes clandestinos que... aunque vinieron en "bisnes" y no en patera... si es bien cierto que murieron lejos de su querida y amada patria y por ello se merecen todo nuestro respeto y los vamos a dejar donde reposen eternamente los dos juntos, al ladito el uno del otro...—otra pausa y remató— en la más absoluta intimidad.*

“El miranda”, después de esa insólita arenga, creyó que aquello era un lío de sádicos maricones y para salir de allí con vida pensó: “A mí que me deje lavarme el culo y luego yo a este tío le hago todo lo que me pida. Lo juro”. Pero el caribeño no le hizo ni puto caso.

La suerte, a pesar de todo, jugaba a su favor. Era de noche, no había luna y el cementerio estaba cerca. Bajaron los dos fiambres, los cargaron rápidamente en el coche del fisgón, que lo tenía muy bien aparcado donde siempre, casi enfrente del portal, y se dirigieron al camposanto. Por el camino, pistola en mano y soportando como po-

día a aquel desagradable individuo, Rubén acabó de ponerle las cosas claras.

—*Mira huevón, de ti va a depender que sigas con vida. Si cumples todas mis instrucciones, tú morirás de viejo y si no las cumples, entonces mi viejo, pronto tú morirás. Yo me encargaré de que los que vuelvan a por mí comprendan que sin tu ayuda, hubiera sido imposible que yo me cargara a los dos.*

Resumiendo, le dijo que pensara que sólo había sido un mal sueño, que la vida es como es y que por su bien, una vez enterrados los sicarios, lo olvidara todo para siempre y no volviera a hablar nunca más de este asunto. El mirón iba asintiendo una y otra vez totalmente convencido.

A la una y veinte entraron en el cementerio.

Cada uno cargaba un cuerpo y de repente, completamente ajeno a la presencia de ellos y maldiciendo en la oscuridad, les cruzó por delante, como a diez o quince metros, la fantasmagórica imagen de un ser deforme que dando tumbos por las tumbas, arrastraba lo que parecía ser un cadáver femenino. En esta ocasión, fueron los dos los que se lo hicieron encima. Raudos, se dieron la vuelta y acarreado con los muertos salieron resoplando dejando tras ellos un hediondo reguero.

### La verbena de san Judas

Al cruzar la puerta vieron aparcada una camioneta negra y se pararon en seco justo delante. Se interrogaron rápidamente con la mirada y Rubén decidió volcar dentro los cadáveres, pero al hacerlo, vio o creyó ver, tenuemente iluminado por la luz de una farola, el rostro de Tola. Un terrible escalofrío le recorrió el cuerpo y le heló la sangre.

Desde luego, era el mejor momento para decidirse a cambiar de vicios de una puñetera vez.